

# ANTE LOS CONGRESOS DE CC.OO. Y UGT

COLECTIVO JAIME ALENDA \*

**E**STA semana UGT celebra su Congreso. El de Comisiones Obreras tendrá lugar en fechas próximas. En el caso de la primera central sindical del país, se trata de su primer Congreso, en el que se va a constituir definitivamente como sindicato, con todo lo que ello comporta. En el caso de UGT, se trata más bien de unas jornadas de reflexión para poner los temas al día, especialmente después del no cumplimiento de las previsiones electorales que esta central hacía de cara a las elecciones sindicales. A ello habrá que añadir, además, la influencia que sobre los congresistas tengan las declaraciones del primer secretario del PSOE, Felipe González, respecto del término "marxismo". Si bien este tema no va a ser objeto de debate en este Congreso de UGT, no obstante podría influir notablemente en la cristalización de una clara y fuerte corriente autonomista con respecto del PSOE, y esto sí que puede dar lugar a importantes debates entre los asistentes al Congreso. Hay que tener en cuenta que UGT, en su declaración de principios, dice que: "... respeta la más amplia libertad de pensamiento y táctica de sus componentes, siempre que estén dentro de la orientación revolucionaria de la lucha de clases y tiendan a crear las fuerzas de emancipación integral de la clase obrera".

Menos "agitado" se va a desarrollar el primer Congreso de CC.OO. En él se va a dar carácter definitivamente constituyente a lo que está siendo de hecho la práctica sindical de esta central en los últimos meses. Pocas innovaciones va a haber, pues, en el Congreso de CC.OO.

Sin embargo, y a pesar de las diferencias entre uno y otro Congreso, ambos tienen multitud de aspectos comunes y sobre todo su celebración marca la apertura de una etapa nueva en el sindicalismo en nuestro país. Respaldadas por millones de votos en las recientes elecciones sindicales, ambas centrales van a normalizar su situación adaptándose a las condiciones propias de un estado democrático.

## Las asambleas de trabajadores en la etapa franquista

El movimiento sindical bajo la dictadura hubo de revestir las formas organizativas que le permitieran su subsistencia. Las duras condiciones de represión hacían que el movimiento adoptase caracteres poco decididos en su organización. Su expresión en los centros de tra-

bajo era, generalmente, de forma asamblearia, en tanto que en la sombra de la clandestinidad se movían los activistas sindicales que, en la mayoría de los casos, lo eran a su vez de partidos políticos obreros.

Esta doble actuación —aparición en formas abiertas que se basaban necesariamente en la unidad de todos los trabajadores de un mismo centro de trabajo y mantenimiento en la clandestinidad de la estructura organizativa— ha presidido la actuación del movimiento sindical durante los últimos veinte años. Encuadrados obligatoriamente en la CNS y privados de todos los derechos, siendo sometidos a duras condiciones de explotación, los trabajadores españoles se dotan de los instrumentos que van a hacer más eficaz su lucha por cambiar esta situación: las asambleas de trabajadores van a expresar la comprensión de la unidad obrera. Los enfoques y soluciones de los diferentes problemas van a ser, en última instancia, decididos por las asambleas. Las asambleas de trabajadores son en esta etapa los mecanismos de organización y participación para los trabajadores. Su hondo sentido unitario justifica plenamente que sean ellas el lugar de la decisión definitiva.

Un elemento fundamental para conseguir la continuidad del movimiento sindical fue la utilización de todos los recursos legales que dejaba al descubierto la legislación franquista. Casi con toda seguridad, se puede encontrar en el prestigio que dio a numerosos activistas sindicales miembros de CC.OO. la utilización de los puestos de enlaces, jurados, vocales de UTT, su gestión en la negociación de convenios colectivos, etc., una de las razones fundamentales para el triunfo de esta central en estas elecciones sindicales.

Con la muerte de Franco, se produce una amplia eclosión democrática y reivindicativa en el país. Van a ser los trabajadores, con sus amplias movilizaciones de finales del 75 y principios del 76, un factor fundamental en la democratización del país, haciendo caer al Gobierno Arias-Fraga y rompiendo de esta forma las posibilidades continuistas que éstos representaban. A lo largo y ancho del país se suceden en estas fechas continuos conflictos. Las iglesias se convierten en insospechadas salas de sesiones para la celebración de múltiples asambleas. Miles de trabajadores se incorporan a la participación y decisión de sus asuntos en estas asambleas. Esta situación de transición obliga, a su vez, a ir definiendo más claramente la organización de

los sindicalistas más combativos y militantes. La represión había cedido notablemente con la muerte del dictador y las formas organizativas que se habían mantenido en la clandestinidad logran surgir de la forma más abierta y permisiva. De hecho, la UGT celebraría su Congreso en estas fechas siendo aún Fraga ministro de la Gobernación. Por ello, a la parte más importante de los protagonistas de la lucha sindical en los años de la dictadura, los hombres agrupados en torno a



CC.OO., deciden dar a las mismas un carácter más estable y permanente en su organización. La asamblea de Barcelona de CC.OO. celebrada en el verano del 76 y que ha de ser hecha de forma clandestina como consecuencia de la prohibición de su Congreso por parte del Gobierno, va a representar un momento clave en el asentamiento de la realidad sindical de nuestro país. En ella se desgajarían de CC.OO. dos tendencias sindicales que criticaron esta decisión —CSUT y SU—, manteniendo que éstas siguieran teniendo el carácter espontáneo y poco organizado que hasta entonces había presidido la actuación de CC.OO. Con el tiempo, estas tendencias se verían obligadas a su vez a tener que dotarse de claras estructuras sindicales y el escaso porcentaje logrado en las elecciones sindicales demuestra que no han acertado en sus propuestas a la mayoría de los trabajadores.

## La adaptación a la nueva situación

No obstante, y a pesar de que el movimiento sindical se iba estructurando en base a las centrales sindicales y perdía su carácter de "mo-

vimiento", aún durante bastante tiempo se han ido desarrollando conflictos en diversos puntos del país que han revestido un carácter eminentemente asambleario. Quizá el más significativo por su duración y características haya sido el conflicto ocurrido en el verano pasado en Alicante, a raíz de la negociación del convenio del calzado. Ahí se llegó a estructurar incluso el "movimiento asambleario" con servicios propios de cualquier sindicato organizado, creando, objetivamente y a pesar de su combatividad y planteamientos radicales, una estructura sindical falta de las perspectivas de clase que significan las centrales sindicales. Hoy, tan sólo ocho meses después, es prácticamente imposible que cualquiera de las dos grandes centrales apoyen procesos de este tipo que no concuerdan con las líneas por las que transcurre la práctica sindical en un país de las condiciones del nuestro.

Los líderes sindicales más conscientes han comprendido bien, aunque quizá no en todos los casos a su debido tiempo, el hecho de que bajo formas democráticas las prácticas sindicales pasan necesariamente por las centrales sindicales. Los movimientos espontáneos que aparecen y desaparecen sin revestir formas concretas y continuadas se dan, o bien en países de estructura política dictatorial y represiva, o bien en épocas de fuertes convulsiones sociales —no necesariamente violentas, como lo demuestra la transición en nuestro país—, en tanto que, a medida que se estabiliza la nueva sociedad se impone la adopción de formas organizativas estables que prolonguen la incidencia de los anteriores movimientos, rentabilizándolos para sí y dándole un mayor carácter progresista a esa nueva sociedad.

Es esto lo que ha ocurrido en nuestro país. Las importantes movilizaciones habidas en los últimos años tenían un objetivo principal: la conquista de las libertades y la democracia, la desaparición de la dictadura o sus intentos de continuación. Conseguido este objetivo entran en funcionamiento los mecanismos democráticos: parlamento, partidos políticos, centrales sindicales, etc. A su actuación corresponde el ir fijando los objetivos posteriores para los sectores sociales a los que representa cada uno de ellos.

En el caso de las centrales sindicales éstas han ido de manera progresiva adquiriendo el papel que les corresponde. A pesar de los torpedeos del Gobierno, las centrales sindicales se han impuesto como realidad en el país y van progresi-

(\*) Este colectivo está formado por: Alfredo Tejero, treinta y cuatro años, economista, redactor de "Materiales" y "Argumentos"; Angel Fernández Luján, veintinueve años, miembro del Comité de Empresa de Pepsa, de Madrid, y Carlos Rodríguez, veintiocho años, ingeniero, que ya ha publicado artículos en TRIUNFO sobre cuestiones sindicales y que es, a su vez, miembro del Comité de Empresa de Técnicos Reunidos, S. A. Los tres forman parte de la actual dirección de Madrid del PCE.

vamente acometiendo las funciones que les son propias, aún con las limitaciones impuestas por el peculiar proceso de cambio de nuestro país. El ejemplo más evidente lo tenemos quizá en el papel que están jugando en la contratación colectiva en la actualidad. Hoy prácticamente los sindicatos son los únicos que negocian los convenios colectivos de ámbito superior a la empresa. Incluso CC. OO., que mantenía una postura ambigua en torno a fórmulas mixtas de negociación —delegados elegidos en asambleas junto a las centrales sindicales—, parece que definitivamente se pronuncia con claridad porque sean las centrales las que negocien fuera de la empresa. Casi con toda seguridad, CC. OO. ha entendido de la dudosa representatividad de asambleas que, en su casi totalidad, son afiliados a centrales sindicales y en las que se eligen delegados que a su vez son miembros de una u otra central sindical. Un ejemplo muy reciente puede ser el del convenio provincial del metal de Madrid.

### La importancia de ambos Congresos

Todo lo dicho anteriormente no es obstáculo para que en las fórmulas de trabajo de las centrales sindicales éstas hayan de buscar necesariamente métodos que eviten los peligros de su burocratización, tendiendo a un contacto continuo con las realidades de base dentro de los centros de trabajo —aquí habría que situar la importante batalla por el reconocimiento de las secciones sindicales en el seno de las empresas—, así como la necesidad de que haya una progresiva tendencia a la unidad en la acción entre las diferentes centrales, especialmente en las dos mayoritarias. El cumplimiento de ambos aspectos va a contribuir enormemente a potenciar adecuadamente la lucha de los trabajadores en nuestro país.

Por ello, los Congresos de CC. OO. y UGT se sitúan en un primer plano de actualidad para todo el país. De lo que en ellos se discute, de las resoluciones que se adopten, depende en gran parte, no sólo el futuro sindical, sino también el político y social del país. Las dos centrales mayoritarias tienen la obligación y la responsabilidad de orientar a los trabajadores españoles en sus prácticas sindicales para hacer eficaz su lucha a medio y largo plazo. No deben dejarse caer en verbalismos revolucionarios fáciles. Sus métodos de actuación han de ser los adecuados al momento en que vivimos, aunque algunos las acusan de que abandonan a los trabajadores o incluso los traicionan. Estos han demostrado con su voto que no es así y que nadie se debe de arrogar representatividades que no tienen. Los trabajadores ya han mostrado su acuerdo con las palabras y los hechos de las dos grandes centrales. Y esto ha sido así a pesar de que desgraciadamente también entre algunas fuerzas que se denominan de izquierda tengan que exclamar aquello de "¡contra Franco vivíamos mejor!". ■



Ramón Tamames, con la camiseta de la Universidad Autónoma, da la impresión de poseer facultades físicas como para llegar, prolongando este pintoresco maratón, hasta la casa de la villa.

## Madrid

# EL MARATÓN DE LOS ISIDROS

**U**N célebre humorista americano —Samuel L. Clemens, más conocido por el seudónimo literario de Mark Twain— escribía a principios de siglos, cuando la fiebre de los records comenzaba a producir víctimas en la sociedad de su tiempo: "Yo no hago más deporte que asistir al entierro de los amigos que los practican". La frase, sarcástica, me pareció una divertida paradoja hasta que el domingo pasado advertí toda la amarga verdad que podía encerrar.

Entre la una y las dos de la tarde del 21 de mayo de 1978, en medio del estruendo de una tormenta primaveral y bajo una lluvia fina y persistente, presencié en el paseo de Coches del Retiro los momentos finales del llamado Maratón Popular, organizado con motivo de las fiestas madrileñas de San Isidro. El espectáculo nada tenía de agradable, placentero o festivo. Centenares de participantes en la carrera, que habían tomado la salida cuatro horas antes, iban llegando a la meta jadeantes, agotados, deshechos; todos venían descajados por el temible esfuerzo, muchos arrastraban materialmente los doloridos pies, algunos sangraban y varios caían desvanecidos antes o después de traspasar la línea de llegada.

Como no había instalaciones y vestuarios donde los participantes pudieran ser atendidos, ducharse, descansar o cambiar simplemente de ropas, los destrozados participantes habían de seguir corriendo para no quedarse helados; tiritar envueltos en abrigos, mantas o jerseys proporcionados por sus amigos o familiares o tomar un taxi —si lo encontraban— para retomar con la máxima rapidez posible a sus hogares para lavarse y reposar. En la meta de llegada y a lo largo de la hora que yo estuve por los alrededores, los altavo-

ces no cesaban de reclamar los servicios de la Cruz Roja y de pedir al numeroso público que abriera paso para que pudieran circular los camilleros que acudían en socorro de quienes se habían esforzado mucho más de lo que sus fuerzas físicas les permitían. Todo, en resumen, tan triste como lamentable.

En la prueba popular y festiva, de la que varios periódicos habían hecho propaganda en los días precedentes, utilizando las declaraciones de algunas figuras políticas que anunciaban su propósito de correr el famoso maratón, participaron hombres y mujeres de todas las edades y condiciones físicas; junto a algunos atletas preparados y conscientes de lo que era la carrera, millares de personas que ni por su edad ni por su contextura física estaban en condiciones de disputar la más dura de las pruebas olímpicas de atletismo. A todos se les permitió la salida, sin un previo y necesario reconocimiento médico; a todos se estimuló y alentó a iniciar y concluir el interminable recorrido, sin pensar en el riesgo que para la salud de muchos implicaba. Ciertamente es que no se pretendía batir ninguna marca nacional o internacional; que la mitad de los corredores se retiraron antes de terminar la prueba y que muchos llegaron con dos o tres horas de retraso sobre los primeros clasificados; cierto también que se habían montado puestos de socorro en distintos puntos del recorrido para auxiliar a los que desfallecieron. Pero nada de esto puede justificar que en una carrera de más de cuarenta y dos kilómetros de recorrido se autorizase —lo que es peor, se indujese— a participar desde chicos de diez o doce años hasta hombres de cincuenta y sesenta, totalmente desentrenados e ignorantes del esfuerzo sobrehumano que significa correr una maratón.

Cerca de ocho mil personas tomaron la salida, lo que constituye un éxito indudable para los parti-

cipantes, aunque menos de cuatro mil llegasen a concluir la prueba. Aparentemente, la carrera, que discurrió por las calles madrileñas, fue el más espectacular de los festejos isidricos de este año y una estupenda propaganda del deporte multitudinario. En realidad, y pese a que no se dirá una sola palabra de los muchos centenares de personas que tendrán sobrados motivos para lamentar haber tomado parte en la misma, será ocasión y motivo para que muchos aborrecen el resto de sus días de las prácticas deportivas, justamente temerosos de que les suceda lo mismo que a los amigos deportistas de Mark Twain. Porque sólo a quienes tienen la cabeza en las nubes se les puede ocurrir que millares y millares de personas participen nada menos que en una prueba de maratón, que únicamente son capaces de correr en nuestro país una veintena de atletas en plena juventud y perfectamente entrenados.

La suerte del primer maratoniano —muerto en las calles de Atenas apenas hubo comunicado a su conciudadanos la victoria sobre los persas— ya es buen indicio de los peligros de correr una distancia similar. En las Olimpiadas modernas vemos que si apenas llegan al centenar los atletas mundiales que se atreven a disputarlas, más de la mitad han de rendirse antes de finalizar. ¿Cómo pretender de pronto que en una ciudad como Madrid, casi carente de lugares de entrenamiento y práctica deportiva, haya de pronto ocho mil personas capaces de disputar la carrera sin graves consecuencias para su salud?

Bien están los festejos populares; pero siempre, claro está, que no impliquen un riesgo para sus participantes. Porque el deporte produce en España muchas más víctimas anuales de lo que generalmente se piensa, y casi siempre por ignorancia y falta de preparación de cuantos en ellos participan. ■ E. GUZMAN.